



AÑO CRISTIANO

6

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA TODOS LOS DOMINGOS,
DIAS DE CUARESMA Y FIESTAS MOVIBLES.

TERCER DOMINGO

DESPUES DE PENTECOSTES.

Como el primer domingo despues de Pentecostés está consagrado á la solemnidad de la fiesta de la santísima Trinidad, y el segundo concurre siempre en la octava del Santísimo Sacramento, el primero que sigue inmediatamente á la celebracion de todas estas fiestas es siempre el tercero; y por consiguiente por el domingo tercero despues de Pentecostés es por donde empiezan nuestros ejercicios de piedad para todos los domingos que quedan hasta el Adviento.

Los Griegos llaman á este domingo el segundo de la doctrina ó predicacion de Jesucristo, ó en otros términos, el de *Cristo docente*; por los Latinos es llamado el domingo de los Publicanos y de los Pecadores, y comunmente el de *la oveja descarriada*, con motivo de leerse este dia en la misa el evangelio en que se refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos procuraban oír á Jesucristo.

Habiendo murmurado de esto los fariseos, dieron ocasion al Salvador para proponerles la parábola consoladora de la oveja extraviada, que con tanto zelo va el pastor á buscar, dejándose las noventa y nueve en el redil. Toda la historia del oficio de este domingo está llena de los rasgos de la bondad de Dios con el pecador, y de la confianza que debe inspirarnos una misericordia tan officiosa.

La misa de este dia comienza por este versiculo del salmo 24: *Volved, ó Dios mio, vuestros ojos hácia mi: dignaos favorecerme con una de vuestras miradas; destituido de todo socorro, miradme como objeto de vuestra compasion. Considerad mi abatimiento y los males que yo padezco, y sirvanme al menos estos para expiar todos los pecados que he cometido.*

Es verisimil que este salmo fué compuesto durante la rebelion de Absalon. Arrojado David de Jerusalem, y perseguido á todo trance por aquel hijo rebelde, abandonado de todos sus cortesanos, insultado por Semei, y obligado á huir á pié como el mas vil de los esclavos, reconoce que todos estos males son penas justas por su pecado, y señaladamente por su adulterio. Confiesa que su pecado es grande; pero reconoce que es mas grande todavía la misericordia de Dios, y penetrado de los mas vivos sentimientos de confianza en esta infinita misericordia, tanto por lo menos como de amargo dolor de su pecado, toma ocasion de la enormidad de este mismo pecado para Jener mas confianza en esta divina misericordia: *Aplicaos sobre mi pecado, porque es muy grave. Como si dijera: Yo estoy persuadido, Señor, que esta rebelion de mi hijo y todos los males que yo padezco son justos efectos de mi pecado. Grande es, en ver-*



Arrojado David de Jerusalem, y perseguido á todo trance por aquel hijo rebelde... insultado por Semei... reconoce que todos estos males son penas justas por

dad, este pecado, yo conozco toda su enormidad; pero cuanto mas grande es, es mas á propósito para hacer brillar vuestra bondad, que siempre predomina en todas vuestras obras. Perdonando, pues, á un pecador tan grande como yo, es como se ostenta vuestra misericordia. Todo este salmo está lleno de admirables sentimientos de contricion, de humildad y de penitencia, y en todo él brilla la confianza de este ilustrado penitente. *Yo levanto mi corazon á vos, Señor: en vos solo, Dios mio, pongo toda mi confianza; no pase yo, Señor, por la confusion de verme abandonado de vos.* Levantar el alma hácia algun objeto, es una manera de hablar bastante ordinaria en la Escritura; y significa el deseo ardiente que uno tiene, la viva confianza que le anima en la bondad de aquel que puede conceder lo que se le pide. En este sentido Jeremías, hablando de los israelitas cautivos en Babilonia, los cuales suspiraban por la vuelta á su amada patria, á la que no debian volver, dice que aquel pueblo no volverá á la tierra, hácia la cual eleva su alma. *Elevevemos nuestros corazones y nuestras manos al cielo hácia el Señor,* dice en otra parte. Fácil es ver la relacion que tiene el principio de la misa de este dia con todo el resto del oficio, el cual gira todo sobre la bondad de Dios con el pecador, y sobre la confianza del pecador en este Padre de las misericordias, en este Dios de toda consolacion.

La epístola que se ha elegido para la misa de este dia, está tomada de la exhortacion que hace san Pedro á los fieles para inclinarles á que se humillen delante de Dios, á que reposen en él y velen sobre sí, á fin de no dar motivo al enemigo de nuestra salvacion, que nos observa y da vueltas continuamente al

rededor de nosotros, para aprovecharse de todas las ocasiones de dañarnos.

Humillaos, pues, dice el santo apóstol, *bajo de la mano poderosa de Dios, á fin de que os exalte en el tiempo de su visitacion*. Formando aquí san Pedro un compendio de la vida cristiana, comienza exhortando á los fieles á que tengan humildad, la cual debe ser la virtud fundamental de los cristianos, puesto que ella es la base y el sólido fundamento de todas las virtudes cristianas. Sin ella se edifica sobre arena movедiza. Por mas que el edificio de la perfeccion esté apuntalado con mil prácticas de piedad, todas á cual mas especiosas, sin una humildad sincera y profunda todo bambolea, todo se hunde, el edificio y los puntales. Humillaos, pues, bajo de la mano del Omnipotente, adorad sus órdenes, obedeced su voluntad, someteos á las leyes de su providencia. Reconoced en su presencia que nada podeis sin su auxilio, que vuestra salud está en sus manos, que no teneis bien alguno que no hayais recibido de su pura liberalidad; espíritu, talento, bellas cualidades, penetracion, ciencia, genio, todas estas ventajas son puros dones, son bienes de los cuales le debeis el capital y los réditos. *Dios resiste á los orgullosos, y da su gracia á los humildes*. ¡Cosa extraña! estamos convencidos de nuestra pobreza; nuestra ignorancia, nuestros defectos, nuestras flaquezas, todo nos predica, todo nos da á conocer nuestra nada; nada hay, hasta nuestro mismo orgullo, que no nos humille; mas entre tanto, aunque nos vemos así humillados, no somos por eso mas humildes: sin embargo, es menester ser humildes para ser exaltados en el tiempo de la visitacion, esto es, en el día decisivo de nuestra

DESPUES DE PENTECOSTÉS, suerte eterna, en el que, por mas virtud que hayamos tenido, nos hallaremos todavia cargados de deudas. Sola la humildad puede enternecer á nuestro soberano Juez: ella es la que le desarma. Un corazon generoso, un corazon noble facilmente perdona á un criminal que ve á sus piés.

Teneis un Dios que es tambien vuestro Padre, descargad en él todo lo que puede inquietaros. Dios ha tenido cuidado de vosotros antes que fuéseis, dice san Agustín; ¿os olvidará por ventura ahora que os ha criado? Procurad servir á Dios con fidelidad, y no tengais cuidado por lo venidero. ¡Cuántas inquietudes, temores y disgustos nos ahorrariamos, siuviésemos una verdadera confianza en Dios, y contásemos firmemente con su providencia! Dios quiere, si, que seamos solícitos en proveer á nuestras necesidades, y no condena una sabia prevision. Las virgenes necias son repudiadas por no haber tenido cuidado de hacer en tiempo su provision de aceite. Es menester obrar, dice un gran santo, como si el éxito dependiese solo de nuestra industria; y sin embargo es preciso contar con la divina Providencia, como si para nada sirviesen todos nuestros cuidados y toda nuestra industria. Sirvamos á Dios con fervor, y estemos tranquilos en orden á todos los acontecimientos de la vida, porque él mismo tiene cuidado de nosotros. Dios todo lo ve, lo futuro como lo presente; Dios es omnipotente, y nos ama: tomando, pues, á su cargo el cuidado de nosotros, nada tenemos que temer mas que nuestra desconfianza; ella es la que deliene muchas veces el curso de los beneficios y de las gracias de Dios sobre nosotros.

Sed sobrios, vivid con modestia y con templanza;

pero con todas estas virtudes no dejéis de velar siempre. No conteis ni con vuestra piedad, ni con la seguridad del estado que habeis abrazado, ni con los auxilios que teneis, ni con la buena voluntad de que estais animados, ni con vuestra inocencia: velad incansablemente, estad siempre sobre las armas, porque vuestro enemigo el demonio, semejante á un leon que ruge, da vueltas por todos lados buscando á quien devorar. Estais, es verdad, como en un coto y en el aprisco á la vista de Jesucristo vuestro divino pastor; pero este mismo buen pastor os exhorta á que oreis y veleis para que no seais sorprendidos por el leon rugiente que no duerme, y que da vueltas de continuo para devorar á cualquiera que sale del redil, y aun para entrar en él apenas encuentre la mas pequeña brecha; y si entra, ¡qué estrago no hace! Manteneos, pues, en el aprisco, esto es, en la Iglesia católica, apostólica y romana; luego que se sale uno de ella, ó por la apostasia, ó por el cisma, ya está devorado. No es bastante permanecer en el aprisco, es menester una vigilancia eterna, y estar dia y noche alerta contra un enemigo que está al pié del muro buscando algun subterráneo por donde introducirse en la plaza, ó para volar alguna mina, y dar en seguida el asalto. El demonio no se cansa, y jamás duerme. Sutil, hábil y astuto observa los parajes débiles, y contra ellos dirige siempre todos sus esfuerzos. Por poco que descuidemos el reparar las brechas, y el fortificar los puestos mas descubiertos, la plaza es tomada. Resistidle, constituyendo vuestra fuerza en la fe. Las almas que así lo hacen son las que vencen al demonio y al mundo. Tomando en todo encuentro el escudo de la fe, es el medio por el cual se extinguen

todos los tiros encendidos del espíritu maligno. La fe es la que nos descubre los bienes infinitos y eternos que debemos esperar, los males que debemos evitar, y los medios de que debemos servirnos para ello. Ella es la que nos inspira la confianza en Dios, el espíritu de oracion, la vigilancia y el temor saludable de los enemigos de nuestra salud. Sin la fe no hay mas que flaqueza, tinieblas, ilusion y error. Por esto el demonio deja muy tranquilos á los que han perdido la fe, ó que no están ya en la Iglesia. Siendo la fe el fundamento de la salvacion, no tiene mucho empeño en arruinar un edificio que flaquea por el fundamento. Los cristianos perseguidos á quienes iba dirigida esta epístola, podian creer que no sucedia lo mismo en las demás iglesias, sino que gozaban en todas partes de la paz de que estaban ellos privados, lo que hubiera sido para ellos el colmo del desconsuelo. Desengañaes, pues, el apóstol de esta falsa idea, y les manifiesta que la persecucion que suscitan contra ellos el mundo y el infierno, es comun á todos los fieles derramados sobre la tierra. Sabed, les dice, que todos vuestros hermanos esparcidos por el mundo tienen que sufrir lo mismo. No os desanimeis, cual si estuviéseis solos en el combate. Jesucristo está á vuestra cabeza, y todos vuestros hermanos repartidos por todo el universo combaten con vosotros, y tienen los mismos enemigos que vencer. ¿Seria justo que vosotros permaneciéseis en inaccion, mientras que toda la Iglesia de Jesucristo está á las manos, por decirlo así, con el enemigo, con todas las potestades de las tinieblas? El cristianismo no quiere almas cobardes. Toda la vida, dice Job, es una guerra continua sobre la tierra. No hay paz, no hay tregua con

unos enemigos que no la quieren sino á riesgo de nuestra salud. Vivimos en medio de peligros, hasta la muerte habitamos en país enemigo; es necesario tener de continuo las armas en la mano para combatir y para defendernos, y el cielo no se da por recompensa sino á los victoriosos. La carne, las pasiones, las tentaciones que nacen en nuestro propio terreno, son enemigos tanto mas peligrosos, cuanto que son enemigos domésticos que nosotros mismos alimentamos. Nuestro propio corazon nos hace traicion; nuestros sentidos están de acuerdo con nuestras pasiones; tenemos que combatir contra nosotros mismos (1). Pero Dios, autor de toda gracia, que nos ha llamado en Jesucristo á su eterna gloria, nos hará perfectos, firmes é incontrastables, luego que hubiéremos sufrido un poco. Llama el apóstol á Dios autor de toda gracia, esto es, de todo don perfecto, de todas las gracias que ha derramado sobre su Iglesia dándole el Espíritu Santo; desea que esté Dios de bondad y de misericordia acabe en los fieles lo que su gracia ha comenzado en ellos, que los sostenga en sus aflicciones, que los asista en las pruebas, que los afirme en el bien, que les conceda, en fin, el don de la perseverancia, á fin de que lleguen á la gloria, y merezcan las coronas que solo serán concedidas á aquellos que hubieren combatido hasta el fin. Como si les dijese: por la gracia de Jesucristo habeis sido llamados á la fe, y habeis entrado en el seno de la Iglesia; pero no basta esto, es preciso sostener esta dichosa vocacion con la práctica de todas las virtudes, y sobre todo con una generosa paciencia en medio de las adversidades y de las persecuciones,

(1) II ad Tim. 3.

que, como el fuego que purifica el oro, lejos de abatirse ó consumirse deben hacer mas pura y mas brillante vuestra virtud. No basta tampoco el haber sido llamados á un estado tan santo, ni aun el haber brillado en él con el resplandor de vuestras virtudes; es menester perseverar hasta el fin, puesto que la gloria no se da como recompensa sino á la perseverancia final. Yo espero de la misericordia de nuestro Dios, que él acabará su obra; la afirmará contra los vientos y las borrascas de la persecucion, y la hará eterna por la gracia de la perseverancia. A él es á quien pertenece la gloria y el soberano poder en los siglos de los siglos. Teniendo Dios el supremo poder, y no pudiendo resistirle cosa alguna, no debeis temer la malicia de los hombres: ellos no dejarán piedra por mover para espantaros, para trastornaros y perderos; pero tened una confianza firme en su bondad, y todos los hombres juntos no son capaces de arrancaros uno solo de vuestros cabellos sin su permiso, ni toda su malicia producirá otro efecto que aumentar vuestro mérito, y hacer mas brillante y de mayor precio vuestra virtud. Pero no dejéis de dar á Dios toda la gloria que le es debida; y por mas virtud que tengais, por mas obras buenas que hiciéreis, reconoced que todo bien procede de él.

El evangelio refiere la solicitud con que los publicanos y los pecadores públicos venian á oír á Jesucristo, hechizados de la dulzura y la bondad con que este divino Salvador les recibia, y del zelo sobre todo que les manifestaba por su salvacion, mientras que los orgullosos é hipócritas fariseos no se dignaban ni aun consentirlos un momento en su presencia.

Jamás proponia el Salvador cosas dificiles y de una

alta perfeccion, sin que tratase de suavizar las dificultades por algun temperamento, y ordinariamente por medio de alguna parábola cuyo sentido alegórico animase á los pecadores y excitase su confianza. Sabia mezclar el amor con el temor, y si de una parte imponia á sus oyentes, por otra les movia, les consolaba y les ganaba de tal modo por su dulzura, que jamás dejaban de oírle. No habia nadie, hasta los publicanos, gentes desacreditadas entre los judios, y miradas como pecadores públicos y escandalosos, que no procurasen su conservacion, y que no le escuchasen con placer. Por esto eran siempre recibidos con dulzura y con cariño. Los escribas y fariseos murmuraban de esto, y decian altamente que un hombre como Jesucristo, que hacia una vida tan santa y tan perfecta, no debia sufrir que se le acercasen los pecadores, ni debia tener con ellos comercio alguno. La indignacion y las murmuraciones de los fariseos, dice san Gregorio, nos hacen ver que así como la verdadera justicia está llena de compasion, así la falsa no tiene mas que dureza y acritud. No hubo hipócrita que no quisiese exterminar á todos los pecadores, y cuyo zelo no respirase muertes y rayos. No es esto decir, añade este padre, que á los justos no se les vea tambien algunas veces indignados contra los pecadores; pero hay mucha diferencia entre la indignacion que procede del orgullo, y la que nace del zelo puro de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas. Cuando los justos reprenden llevados de su zelo, conservan en el corazon la dulzura inseparable de la caridad; aborrecen el pecado, pero aman al pecador y aprecian á aquellos á quienes corrigen; al paso que aquellos á quienes una falsa opinion de su

mérito hincha de orgullo, desprecian á todo el mundo, y no tienen compasion alguna de los flacos; y tal es el carácter de todo espíritu de partido. Los fariseos eran de este número, dice este santo doctor, y por esto el Salvador les propone de continuo, y ordinariamente bajo de alguna parábola, el maravilloso ejemplo de su dulzura.

Este hombre, decian, recibe los pecadores, y come con ellos. Esto es todo lo que aquellos hipócritas echaban en cara al Salvador. Jesucristo para confundirles les responde con una parábola fundada, á la cual no saben qué replicar: compárase á un pastor que corre tras de una oveja descarriada; á una mujer que busca con anhelo una dracma que ha perdido; y á un padre que lamenta los desórdenes de un hijo libertino. Los pecadores comparados á la oveja descarriada, detrás de la cual se corre, á la dracma perdida que se busca con tanta diligencia; todo esto justificaba admirablemente su conducta, y cubria de confusion la falsa delicadeza de los fariseos.

El raciocinio del Salvador es del todo concluyente y sin réplica. *¿Quién de vosotros, les dice, que tiene cien ovejas, si pierde una, no deja las noventa y nueve en la pradera, y va á buscar la que ha perdido hasta que la encuentra?* Esta oveja, dice san Agustin, se habia perdido ella misma saliéndose de la majada, y siguiendo sus caprichos; y no podia reducirse otra vez, si la misericordia del pastor no la hubiera buscado. No hay pecador que allá en el fondo de su corazon no perciba la voz del Dios de bondad que le busca, que le llama, que le invita, y le solicita para que se vuelva á él; pero cuando uno se halla bien en sus extravíos, cuando deja gritar al pastor que llama,

y se complace en extraviarse cada día más, ¿es acaso dócil á esta voz? ¿piensa volver á su deber? ¿Qué alegría, dice el Salvador, para el pastor cuando encuentra su oveja extraviada! Guárdase bien de maltratarla, ni aun la lleva por delante hácia el ganado, quiere ahorrarle todo el trabajo de la vuelta, y contando por nada la fatiga que ha tenido para buscarla, la carga él mismo sobre sus espaldas. ¿Qué bien se pinta el Salvador en esta figura, y qué bien hace en ella su retrato! Y luego que llega á su casa, reúne á sus amigos y á sus vecinos, y les dice: Regocijaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que habia perdido. ¿Qué os parece? ¿es perdonable esta alegría en un pastor que ama su rebaño? El mercenario, un hombre asalariado, ama demasiado su reposo, y muy poco á sus ovejas para que corra en seguimiento de ellas cuando se extravían; solo el espíritu de Jesucristo, solo la caridad cristiana inspira un verdadero zelo, así como á solo él es dado el sentir la dulce alegría que causa la conversion del pecador.

Sabed, pues, continúa el Salvador, que la conversion de un pecador es un motivo de alegría para toda la corte celestial. Si, la perseverancia de noventa y nueve justos en su inocencia, por agradable que ella sea, no causa tanto placer, por decirlo así, á todo el cielo, como la conversion sincera de un pecador. La vuelta de una alma á Dios es una fiesta muy dulce para todos los espíritus celestiales; como conocen lo que vale, no pueden ver que se pierda sin lamentarse de ello. Si pensásemos que el alma del mas vil de los hombres ha sido rescatada al precio de la sangre de Jesucristo, ¿podríamos permanecer insensibles á su pérdida? ¿Y se puede conocer á Jesucristo y creer en él, sin

ver con dolor el abuso indigno que se hace de su sangre? Por estas palabras, que no tienen necesidad de penitencia, debe entenderse que no están en pecado mortal, y no tienen necesidad de mudar enteramente de costumbres, ni de voluntad para entrar en la amistad y en la gracia de Dios, puesto que, siendo justos, no la han perdido. No quiere esto decir que los justos estén exceptuados de toda penitencia: no debiéndose considerar ni aun las almas mas santas absolutamente exentas de todo pecado, deben pedir perdón al Señor todos los días.

No habia cosa mas á propósito para justificar la conducta de Jesucristo con los pecadores, y para condenar las injustas murmuraciones de los fariseos, que una comparacion tan concluyente. Refiere además el Salvador otra segunda que no podia dejar de hacer impresion en los ánimos mas groseros.

Cuando de diez piezas de plata se pierde una, se consuela uno fácilmente con las nueve que le quedan; del mismo modo parece que podria muy bien dejarse perder una alma, cuando se salvan noventa y nueve: sin embargo, se piensa y se dice constantemente lo contrario: porque, si á una mujer que tiene diez dracmas, llega á perdersele una, ¿se consuela acaso fácilmente? Nada de eso. Enciende inmediatamente una luz para buscarla, barre todos los rincones y escondrijos del aposento, todo lo remueve hasta que la encuentra. Las nueve que le quedan no le causan tanto gusto, como sentimiento le produce la pérdida de una sola. Pero ¿ha vuelto á encontrarla? ¿Qué gozo no experimenta! Lo comunica á todas sus amigas y á sus vecinas; cuéntales la pena que ha sufrido, la inquietud que tenia, la solicitud y la ansiedad con

que la ha buscado, pero que al fin ha sido tambien grande el regocijo que ha tenido cuando la ha encontrado; las invita á que la feliciten por ello, y á que tomen parte en su alegría. ¿Podia Jesucristo, dice un sabio y piadoso intérprete, podia Jesucristo manifestarnos bajo de figuras mas sensibles ni mas expresivas el empeño que tiene en volver á traer á sí al pecador, los pasos que da para éllo, y la alegría que experimenta cuando ha triunfado de él por su gracia? Yo no sé, ó Dios mio, lo que es mas incomprendible, ó vuestra bondad para con los hombres, ó la insensibilidad de los hombres para con vos. Vos no tenéis necesidad alguna de mí, y me buscais infatigablemente, á pesar de haberos yo despreciado, y aun cuando me he declarado enemigo vuestro. Todo mi bien, toda mi felicidad depende de estar unido á vos; y al tiempo que vos me prevenís, me buscais, me solicitaís de la manera mas viva, mas dulce, mas amable, para que vuelva á vuestra amistad, yo no puedo resolverme á ello, os resisto, huyo de vos. ¿Qué ventaja encontrais, ó Dios mio, en la conversion de un pecador, para que ella sea para vos un motivo tan grande de regocijo? ¿cómo podeis ser tan sensible á la adhesion de una criatura vil, que pretendais, por decirlo así, que los ángeles y las almas bienaventuradas os feliciten por ella? Así es, y yo os lo digo, añade el Salvador, *que entre los ángeles de Dios habrá un regocijo grande por la conversion de un solo pecador.* ¿Podia Jesucristo darle al pecador motivos de confianza en su misericordia mas obligantes? ¿y qué pecador, por poca razon y poca religion que tenga, podrá desesperar del perdón, aun á la vista de la enormidad de sus crímenes? Aquí,

dice san Gregorio, nos asegura el Salvador que *habrá una grande alegría en el cielo por la conversion de un solo pecador que hace penitencia*; y en otra parte asegura el Señor por su Profeta, *que desde el dia que pecare el justo, no se acordará mas de su justicia.* ¿Concebimos, hermanos míos, añade el santo doctor, la conducta admirable de la bondad divina? A fin de contener á los que están en pié, les amenaza con castigo si llegan á caer; y para estimular á los que han caído á que hagan esfuerzos para volverse á levantar, les promete, si lo hacen, su divina misericordia: amedrenta á los primeros para que su virtud no les inspire presuncion; lisonjea á los otros para que sus crímenes no les sumerjan en la desesperacion. Si somos justos, temamos la cólera de Dios para no caer; si somos pecadores, tengamos confianza en Dios para volvernos á levantar.

NOTA. La dracma era una pieza de plata que pesaba una dracma, esto es, una ochava ó una octava parte de una onza, y que podia valer cerca de diez sueldos de nuestra moneda (1). Esta suma, aunque pequeña en sí misma, es sin embargo de consideracion para una persona que por todo caudal no tiene mas que diez piezas de plata.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

O Dios, protector de los que en vos esperan, y sin cuyo influjo nada hay firme ni santo en ningun hombre; haced que sintamos mas y mas los efectos de vuestra misericordia, á fin de que siendo nuestro conductor y nuestra guia, pasemos de tal modo por los bienes temporales y perecederos, que no perdamos los eternos. Por nuestro Señor Jesucristo, etc.

(1) Equivale entre nosotros á poco mas de 2 reales vn.